

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2007

PONENCIAS EN SANTIAGO II

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / N° 25 / 2007



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL
2007

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL N° 25
2007

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Católica del Norte, Católica de Temuco, Católica de Valparaíso, Católica de la Santísima Concepción, de Antofagasta, de Concepción, de Los Andes, de Chile, Diego Portales, del Mar y La República.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval" se llevó a cabo la impresión de este volumen.

©
Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. B. N. — 0170 — 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso
E-mail: edeval@uv.cl

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL

2007

PONENCIAS EN SANTIAGO II

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO
(2006 - 2008)

Fernando Atria, Antonio Bascuñán Valdés,
Rodrigo Coloma, Jesús Escandón Alomar, Joaquín
García-Huidobro Correa, Fernando Quintana
Bravo, Pablo Ruiz-Tagle, Agustín Squella Narducci,
y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La
correspondencia puede ser dirigida a la casilla 3325,
Correo 3, Valparaíso, o al correo electrónico
asquella@vtr.net

PRESENTACIÓN

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta el número 25 de su *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2007, el cual contiene la totalidad de las ponencias hechas en comisiones con ocasión de la Segunda Jornada Chileno Argentina de Filosofía Jurídica y Social. Las ponencias se presentan según orden alfabético de sus autores.

Dicha Jornada tuvo lugar en 2006, en la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales, y fue precedida, en 2004, por la Primera Jornada Argentino Chilena de Filosofía Jurídica y Social, que tuvo lugar en la Universidad de Buenos Aires.

El número 24 de nuestro *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2006, reprodujo la ponencia inaugural de la mencionada primera Jornada, así como las 12 ponencias que fueron hechas en sus sesiones plenarias. En ese mismo número 24 se contienen las nuevas normas editoriales del Anuario.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social agradece a la Universidad Diego Portales por haber acogido la Jornada cuyas ponencias se presentan en este volumen. Agradece, asimismo, a las facultades de derecho del país que colaboraron con el presente número de nuestro Anuario, en especial a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, *Edeval*, fue impresa esta obra.

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

PONENCIAS EN COMISIONES

PODER Y SABER

JULIO CÉSAR CASTIGLIONE

Introducción

Un autor que goza de gran predicamento dentro de ciertos núcleos intelectuales, el filósofo francés Michel Foucault, sostiene una serie de posiciones intelectuales tan novedosas como impactantes, que producen fuertes reacciones contradictorias, adversas en sus detractores y oleadas de admiración y entusiasmo entre sus partidarios. Una de sus tesis preferidas es que el poder, en contra de lo que enseña Marx, no es represivo sino productivo y, en especial, que produce subjetividades y la verdad. Dada la importancia de ambos puntos de vista, en especial de este último, este trabajo intentará presentar del modo más objetivo posible su argumentación y discutirá su valoración.

La tesis de Foucault

Conviene precisar las nociones para evitar malos entendidos. Parece conveniente empezar por el poder. Para la mayoría de los autores el poder supone una aptitud transformadora de la realidad social. Se trata de un sentido amplio, dice Giddens (2003, p. 52) en esta acepción, que es la más extensa, el poder es lógicamente anterior a la constitución del registro reflexivo de la conducta. De modo que refleja fielmente el dualismo entre sujeto y objeto. Por eso Giddens entiende por poder la capacidad de lograr resultados deseados e intentados. Y deno-

mina dominación al reconocimiento del deber de obedecer. O sea, el poder se vuelve dominación cuando el sometido lo acepta y reconoce que tiene el deber de obedecer lo que se le manda. Por mi parte, lo he definido como la capacidad de influir en el comportamiento ajeno por cualquier forma o medio, distinguiéndolo del poder físico sobre las cosas.

Foucault es poco propenso a definir y fijar conceptos, por eso no se encuentra en sus libros una noción clara ni precisa del poder. Sin embargo a través de su amplia literatura se puede conjeturar que para él, se caracteriza en términos generales, por dirigir conductas y disponer sus probabilidades, induciéndolas, apartándolas, facilitándolas, dificultándolas, etc. (ver por ej. Castro, p. 264).

“El poder en el fondo, es menos del orden del enfrentamiento entre dos adversarios o del compromiso de uno frente a otro, que *del orden de gobierno*”. El poder implica un juego de fuerzas, excede la violencia. Esta se dirige a objetos a los que destruye o cambia, mientras que las fuerzas tienen como objetivo otras fuerzas; de modo que la fuerza es una *relación*. Hay una serie de relaciones de poder que comprende acciones sobre acciones; *incitar, inducir, desviar, facilitar, dificultar, ampliar*, etc. Estas son las categorías del poder. El poder es una *relación* entre sujetos de acción. Supone la libertad de los participantes. La relación de poder es del orden de la *lucha* pero no antagonica sino agónica, una incitación recíproca, una provocación permanente. El poder es más bien del orden de la gobernabilidad en el sentido de estructurar el campo de acción de los otros (Díaz, p. 102). Las fuerzas del poder se definen por su capacidad de afectar a otros que tienen la *posibilidad de resistir*. El poder hay que estudiarlo “*por lo que produce no por lo que prohíbe*”.

Según Díaz, (p. 101 y sig.) para Foucault el poder es “una relación entre acciones, entre sujetos de acción...que gocen de libertad...es *del orden de la lucha no antagonica, sino agónica*...es del orden de la “*gobernabilidad*”, es una “*capacidad para conducir las acciones de otros*”.

El poder es menos del orden de una lucha, que gobierno de los comportamientos facilitando algunos e impidiendo otros. Por lo tanto para Foucault:

1) No es represor ni implica lucha sino dirección. No es represivo como creía Marx sino productivo, entre otras cosas el poder produce el gobierno o la dirección de las conductas, conduciéndolas por determinados derroteros que convienen al propio poder para acentuar el dominio en todos los aspectos de la vida social.

2) Productor de la verdad o el saber. Foucault rechaza con energía el carácter represivo del poder. A la inversa de Marx, cree firmemente que el poder es principalmente *productivo*. El poder crea la verdad, lo que de algún modo coincide con la concepción de Marx. La diferencia parece ser sólo terminológica: lo que Foucault denomina “verdad”, Marx llama “ideología”.

3) Origina sujetos. Foucault cree que el poder principalmente además de producir la verdad crea subjetividades, es decir, modos de ser de las personas. Se debe realizar un análisis ascendente del poder, sostiene el filósofo de Poitiers, por lo que considera que no hay como un dominio homogéneo de un grupo clase sobre otros, sino como una organización circulante, similar a una *red*.

Lo que importa, sostiene, no es la intención del que lo ejerce, lo que la gente desea y por qué desea dominar, sino como funcionan las cosas en estos procesos continuos que someten nuestros cuerpos, gobiernan nuestros gestos y conductas que nos constituyen como sujetos.

Para Foucault es fundamental saber cómo se ejerce el poder y porqué hay poder en vez de buscar qué es el poder. El modo de relación propio del poder, no habría que buscarlo, entonces, del lado de la violencia y de la lucha ni del lado del contrato o del nexo voluntario, sino del lado que es el gobierno. El poder supone relaciones entre sujetos que actúan sobre sus acciones. Se trata de acciones que inducen, apartan, facilitan, dificultan, limitan, impiden. El ejercicio del poder consiste en conducir conductas y disponer la probabilidad.

Foucault y el saber

Corresponde ahora establecer lo que es saber para nuestro autor. Tampoco es claro el sentido que le atribuye el filósofo francés. Por cierto que puede significar dos cosas bastante distintas y resulta muy importante establecer cual fue el significado que le dio Foucault en esta

circunstancia. Por saber se puede entender como dice el diccionario, "conocer" y en este sentido se conoce lo real, es decir, la verdad. Luego, saber puede ser empleado como sinónimo de conocer la verdad. Pero puede entenderse saber como un conocer falso, pese a cierta incongruencia de los términos. Si alguien investiga en que consistió un suceso y llega a una conclusión falsa, ha obtenido un saber, pero no ha conocido la verdad. Y también se puede denominar como "saber" a este conocer que pasa o pretende ser la verdad. ¿A cuál significado se refirió Foucault cuando sostuvo que el poder produce saber? ¿Quiso decir que el poder suscita la verdad (real) o que impone una verdad (que no es tal, sino una construcción interesada). Obviamente, parece que esta segunda alternativa es la correcta cuando sostiene que el poder produce saber, aunque no es del todo claro. Afianza esta idea Castro (p. 320) cuando afirma que para Foucault saber se refiere a "...el conjunto de los elementos (objetos, tipos de formulación, conceptos y elecciones teóricas) formados a partir de una única y misma positividad, en el campo de una formación discursiva unitaria".

El propio Foucault dice que "...las prácticas sociales pueden llegar a engendrar dominios de saber que no sólo hacen que aparezcan nuevos objetos, conceptos y técnicas, sino que hacen nacer además formas totalmente nuevas de sujetos y sujetos de conocimiento" (La verdad...p. 12). Agrega más adelante "...hay otros sitios en los que se forma la verdad, allí donde se definen un cierto número de reglas de juego..." (05, p. 15. La bastardilla en todos los textos es mía). Parece claro que si las prácticas sociales engendran dominios de saber "y" *la verdad se forma en ciertos sitios*, no se trata, por lo tanto, de la verdad verdadera sino de una verdad interesada. Luego recuerda siguiendo a Nietzsche, que el conocimiento fue "inventado" y que fue "el instante más mentiroso y arrogante de la historia universal" (p. 18) por lo que no quedan dudas. Más adelante sostiene siguiendo al filósofo alemán, que entre el conocimiento y las cosas que éste tiene para conocer "no puede haber ninguna relación de continuidad natural. Solo puede haber una relación de violencia, dominación, poder y fuerza, una relación de violación" (p. 23). En el conocimiento "hay una relación de dominación" ... "un sistema precario de poder" (p. 27). "El conocimiento es siempre un desconocimiento" (31) Y remata: "Aún en la ciencia encontramos

modelos de verdad cuya formación es el producto de las estructuras políticas que no se imponen desde el exterior al sujeto de conocimiento, sino que son, ellas mismas, constitutivas de éste" (p. 33).

Según Veyne (p. 3) Foucault sostenía que los hombres "al creer buscar la verdad de las cosas, no acaban sino por fijar las reglas según las cuales será juzgado el decir verdadero o falso. En este sentido, el saber no sólo es el lugar de los pobres, un arma del poder, o el mismo poder, al mismo tiempo que saber: él no es más que poder, radicalmente, pues no es posible un decir-verdadero, más que por la fuerza de las reglas impuestas en una u otra ocasión por una historia de la cual los individuos son a la vez y mutuamente actores y víctimas. Entendemos entonces por verdades, no las proposiciones verdaderas a descubrir o a aceptar, sino el conjunto de reglas que nos permiten decir y reconocer aquellas proposiciones tenidas por verdaderas".

Luego, para Foucault el poder produce no propiamente el saber, sino un "cierto saber", un saber o conocer "desviado, interesado o falso". En este sentido, esta afirmación expresa algo conocido y aceptada por muchos. Toda persona suele tener puntos de vista, que puede o no creer como verdaderos, y los trata de imponer. Cuanto mayor el poder que dispone mayor la posibilidad de lograrlo en cada caso y crear así "una verdad", que podemos denominar social, que dura tanto como el poder que la sostiene.

Este segundo sentido de saber, como un conocer no de la verdad, sino de lo que alguien sostiene como verdad, sea o no interesado, se pone en evidencia cuando sostiene nuestro autor, que los hombres fijan las reglas de lo verdadero. Por lo tanto, lo que resulta verdad es una consecuencia de estas reglas y por ende del poder que les ha dado nacimiento. Luego, de algún modo, el saber es el mismo poder. La verdad es lo que es tenido o considerado por verdadero por la comunidad como resultado del ejercicio del poder. El poder, en consecuencia, no dependería tanto de la fuerza de la razón, como la razón dependerá de la fuerza o poder social. Es la energía que ponen los hombres para imponer un punto de vista el que lo hace triunfar y no la ínsita capacidad de verdad que tiene el enunciado, o sea el poder de la razón de develar como son verdaderamente las cosas. Lo que la sociedad cree ser la verdad es, en definitiva según Foucault, una imposición disimulada del poder.

Dice Veyne, que Foucault sostuvo en 1977 en *Le Monde*, que “las libertades y los derechos del hombre se fundan más seguramente sobre la acción de hombres y mujeres decididos a llevarlos al poder y defenderlos, que sobre la afirmación doctrinal de la razón o del imperativo kantiano”. Agrega que Foucault tiene el firme propósito de no afirmar como verdadero aquello que cada uno desea creer, de no probar una afirmación como verdadera sobre la base de una razón de ser.

Se cree en lo que se desea y lo que desean los poderosos terminan por imponerlo a la sociedad y por lo mismo ella cree estar en la verdad.

No se puede negar que la tesis tiene su parte de verdad, pero en este sentido no sería muy original, dado que Marx se le adelantó un siglo cuando enunció su tesis de las ideologías.

De modo que Foucault, con real autocrítica, reconoció los límites de su propio saber por lo que “se reconoce incapaz de justificar sus propias preferencias...” (ídem, p. 6) “solo podemos conocer lo que se impone como verdadero”, concluyendo, “si esto es así, una filosofía no tiene más que un uso posible: hacer la guerra...” la guerra actual”. Y por eso, ella “debe comenzar por demostrar genealógicamente que no existe otra verdad de la historia, que este combate”.

Según Veyne, Foucault jamás escribió: “Mis preferencias políticas y sociales son las verdaderas y las buenas”, ni tampoco no escribió por lo demás: “las preferencias de mis adversarios son falsas”; todos sus libros suponen más bien esto: “las razones por las cuales mis adversarios pretenden que su posición es la verdadera, reposan genealógicamente sobre nada. Foucault no atacaba, dice Veyne, las elecciones de otros, sino las *racionalizaciones* que los otros añadían a sus elecciones. Una crítica genealógica no dice “yo tengo razón y los otros se engañan”, sino solamente: “los otros no tienen razón al pretender que tienen razón”. Cabría agregar, solo se puede sostener: yo creo esto... y nada más.

De modo que, al parecer, Foucault no defiende sus puntos de vista como verdaderos, sino como valoraciones por las cuales se enfrenta. En los razonamientos solo se trata de imponer las preferencias de cada uno. Se procura ganar sabiendo que no significa el triunfo de la razón, puesto que no existe la verdad de los valores y que el cielo se

encuentra desgarrado, que cada uno combate por sus dioses. El filósofo consciente lucha no por la verdad, sino por sus valores y con la secreta esperanza de influir en la definición en los combates.

Foucault, en consecuencia, no pretendió entregar una moral sino sugerir una salida. No buscó aportar una solución verdadera ni definitiva a los problemas humanos porque creía que toda solución era imperfecta.

Aparentemente para Foucault el poder del saber tiene solo un límite: la *actualidad* (Veyne, pág. 6). De modo que admite que el saber, todo el saber es un *conocer interesado e inexacto*, que no refleja la realidad sino los intereses de cada persona. Por eso dice “El fin de la *filosofía es hacer la guerra “actual”*”. (Veyne, p. 6.)

Lo que critica Foucault, sostiene Veyne, son las racionalizaciones (p. 6), es creer que se está en la verdad, sin advertir que solo es un punto de vista como cualquier otro y cuando en definitiva se trata de una imposición del poder. Él, a su vez, coherente con su punto de vista, no pretende tener la razón, pero sí *ganar la disputa* (p. 7). Porque en definitiva, parecería imposible saber quien tiene la verdad objetiva, por lo tanto se trata de imponer la verdad que se cree. Para ello habrá que adquirir poder, esa parece ser toda la cuestión.

De modo que se puede *concluir* que para Foucault, si no se lo entiende mal, lo que llama verdad es un imposición del poder y, por tanto, no es una verdad que revela como son las cosas sino como las muestra el poder y la misma verdad es una forma de poder, por lo que se podría expresar el curso de la realidad social según nuestro autor del siguiente modo:

poder → saber → poder → saber →

Una primera objeción

Como lo he sostenido en otra oportunidad (2006, p. 87) la afirmación de que el poder produce la verdad, ¿es una verdad auténtica o un producto del poder? Si no lo es carece de todo valor y si lo es, implica que hay verdades que escapan a esta necesidad. Como debemos suponer que Foucault la considera una verdad, implica que hay verdades

auténticas sin que nuestro filósofo señale en qué condiciones y cuándo se dan. Esta objeción, ya lo advirtió Habermas, es un viejo sofisma autogenerado por el círculo vicioso del escepticismo: afirmar como si fuera verdad, que no se puede conocer la verdad. Pretende Foucault tener neutralidad en lo que analiza y, al mismo tiempo, declara que siempre se habla desde una voluntad de verdad, cuyas reglas no se pueden conocer y, por tanto, no se pueden neutralizar. Esta contradicción también fue observada luego por el propio Foucault, según Esther Díaz, sin que al parecer le haya encontrado una solución satisfactoria, (p. 120).

No es una novedad

Pero esta tesis, con todo lo interesante que pueda ser, no es una novedad. Ya Marx, con su profunda sagacidad había advertido casi lo mismo. Y luego, con modificaciones y atenuaciones fue continuado por la Sociología del conocimiento (JCC, 06 bis, Los efectos del poder, p. 66) que investiga los condicionamientos sociales del saber. Hoy nadie niega su existencia o condicionamiento que padece el saber, aunque se discute su profundidad o alcance.

Sin embargo, hay algunas diferencias con Marx. La principal es la siguiente: Foucault es radicalmente escéptico, no cree en posibilidad alguna de lograr la verdad, al menos, eso parece desprenderse de sus escritos; Marx, en cierta medida es, se puede decir, cognitivista, aunque considera que se dan comúnmente ideologías —falsas conciencias—, cree en la posibilidad de conocer en ciertas condiciones y afirma que el proletariado, por ser progresista, puede captar la verdad.

El poder del saber

Foucault acierta, en mi opinión, cuando afirma que el poderoso siempre intenta imponer como verdad sus puntos de vista. En este sentido, el poder produce saber. Pero el saber también causa poder, como lo afirmaron en su tiempo Bacon y Comte. ¿No es acaso EE.UU. el país más poderoso del planeta fundamentalmente porque es el que dispone de mayor saber? ¿No tiene las mejores universidades del mundo,

el mayor número de premios Nobel y de patentes industriales? ¿Y no es el saber una de las razones principales del estatus social por lo que todos los que pueden, tratan de aumentar su saber? ¿No es por ventura la sociedad posmoderna una sociedad del conocimiento, donde el saber técnico científico produce el poder social? (Toffler, en varios lugares y Castiglione, 2006, p. 27 y sig.).

Esta es también la explicación de porqué el marxismo —que es fundamentalmente un saber, una ideología— ha ejercido un inmenso poder en el siglo XX, tanto que fue un duro rival del capitalismo. Considero que su doctrina fue la contribución más valiosa efectuada por Marx, mucho más importante que su acción política en la que fracasó (Castiglione, 1982, p. 48) Y es la razón que impulsó a Toffler a escribir su libro “El cambio del poder”, en el que pone en evidencia su gran influencia en el mundo moderno. (Castiglione, 2003, p. 249 y sig.).

Otras objeciones

Se puede decir con relación a la posibilidad del conocimiento, que pueden darse dos extremos:

- 1) afirmar que: la verdad objetiva es posible y fácil de conocer y de hecho se la ha captado y se la capta continuamente sea por los especialistas o por la mayoría en casi todas las cuestiones;
- 2) es imposible conocer la verdad de modo alguno. Se dan diversas razones. En el caso de Foucault y de Marx, porque es una construcción del poder. Lo que creemos conocer no es sino aquello que nos imponen los poderosos.

Pienso que se pueda sostener con buenos argumentos, que ambos extremos son errados. Parece ser que lo correcto está en el medio: es difícil conocer, no sólo por las fallas de nuestro aparato cognitivo, sino también por influencias sociales, como sostiene Marx y Foucault, pero no es imposible de un modo absoluto. Al fin, tanto Marx como Foucault pretendieron exponer conocimientos cuando hicieron sus afirmaciones.

Lo que para los conocedores del tema es algo entendido, es sin duda, la causa de las expresiones tanto de Marx como de Foucault. Y

consiste en reconocer que cuando intervienen intereses de cualquier tipo sobre los investigadores, el saber es deformado a veces conscientemente para acomodarlo a las propias conveniencias y muchas veces, quizás más aún, inconscientemente. La conocida fábula de Esopo —del perro, el zorro y las uvas— muestra que eso Esopo ya lo sabía y lo expresa con meridiana claridad: como el zorro no puede alcanzar las uvas por ser petiso, se justifica afirmando que no las quiso porque estaban verdes.

Depende también de la materia que se pretende captar. Hay una verdad real, —si se puede denominar así— que está al margen del alcance de la influencia de los poderosos, pero es fruto de un esfuerzo persistente y continuo de las generaciones.

Parece indudable que en la búsqueda de la verdad se producen influencias sociales y del poder perturbadoras, pero también que:

1) Hay sin discusión posible saberes formales cognoscibles en muchos aspectos, como la matemática y la lógica.

2) También en ciencia, especialmente en muchas de las llamadas duras, se logra aunque lentamente la verdad y se progresa. Para eso se usa la verificación.

3) En la vida diaria hay verdades indiscutibles. El escepticismo radical es totalmente absurdo y contrario al sentido común, de modo que quienes lo sostienen en teoría no lo aplican en la práctica. Nadie puede, en su sano juicio, sostener que no conoce aunque sea un mínimo de cuestiones, porque el tal caso no podría obrar ni afirmar cosa alguna, debería permanecer mudo y quieto. Si actúa y afirma algo, es por que cree que algo conoce.

Siguiendo a Chesterton, “cuando el niño mira a través de la ventana de su cuarto de jugar y ve algo, supongamos el verde césped del jardín, ¿qué es de lo que de hecho ve? ¿conoce en verdad algo? Alrededor de esta cuestión pueden llevarse a cabo toda clase de juegos pueriles de filosofía negativa. Un brillante científico victoriano se regodeaba declarando que el niño no ve gramilla sino una especie de verde neblina reflejada en el minúsculo espejo del ojo humano”. “Esta especie de racionalismo siempre me ha chocado”, dice Chesterton, como demencialmente irracional. “Si el racionalista no está seguro de la exis-

tencia del césped que ve a través del vidrio de la ventana: ¿cómo diablos puede estar seguro de la existencia de la retina que ve a través del cristal del microscopio? Si la vista engaña: ¿por qué no ha de seguir engañando? Gentes de una escuela distinta afirman que el césped es una mera impresión de verde en la mente, y que uno de nada puede estar seguro excepto de la mente. Declaran que uno solo puede estar consciente de la propia conciencia que casualmente es la única cosa de la que sabemos que el niño no tiene conciencia alguna...” (p. 149).

“El dilema que acarrea una suerte de guerra final en el mundo: el duelo eterno entre el sí y el no (se refiere Chesterton a si hay verdad y hay error, si una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto) dilema tan temible para los escépticos que han oscurecido el universo y pervertido el entendimiento tratando sólo de escapar de él”.

“La esencia del sentido común consiste en la admisión de dos instancias que están ambas operando en el conocimiento: la realidad y el reconocimiento de la realidad; y el encuentro de ambas es una suerte de matrimonio”. (p. 168).

“De casi todas las otras filosofías se puede decir con justicia que sus seguidores obran a pesar de ellas, pues de lo contrario no obrarían. Ninguno escéptico obra escépticamente, ningún fatalista obra fatalísticamente, todos obran según el principio de que es posible asumir lo que no es posible creer”. (p. 169).

Las filosofías modernas están... “disputando sobre si podrán alguna vez fabricar las herramientas que levantarán la casa”. “La mayor parte de las filosofías modernas no son filosofías sino dudas filosóficas, dudas si puede haber filosofía”. (p. 169). “Tomás tiene fe en que no es la duda sobre la duda lo único que existe...” “...es una fe sobre hechos” (p. 169).

Como lo he sostenido (2000, p. 49) “todas las personas durante el curso de sus vidas obran sobre la base de numerosas creencias, es decir, de la convicción de que conocen ciertas cosas. Por eso el verdadero problema del hombre no es creer o no creer, sino en qué creer, es decir convertir en crítico el problema de la fe; sacar a la luz de la razón las creencias para precisar las justificadas y las injustificadas y obrar entonces de una manera coherente. Como dice Lacordaire, “no hay

hombre más crédulo que el incrédulo” y creer que no se cree es ya un primer acto de fe acrítica. El hombre que no cree en nada no existe, el escéptico absoluto es una mera hipótesis irracional y todas las decisiones, grandes o pequeñas son obras de personas que están convencidas de que conocen algo, es decir, de que creen en algo”.

4) En filosofía, ética y política es donde se presentan los más agudos problemas que son principalmente la causa que hace pensar en la imposibilidad de una verdad objetiva, dada la indudable influencia de los intereses y las pasiones que mueven al poder y logran su imposición social. Sin embargo, en mi opinión hay algunos principios —en especial los primeros— que es muy difícil no aceptar su verdad por ser universales y básicos para cualquier conocimiento—, por ej. el de identidad, de contradicción y del tercero excluido. (Castiglione, 1998, p. 274 y sig.).

¿Tiene el poder una influencia tan profunda como cree Foucault? No lo comparto. Razona así éste autor: el poder fija reglas para determinar lo verdadero y lo hace desde un punto de vista interesado por lo que concluye suscitando puntos de vista predeterminados que falsean la realidad. Si esto es correcto, también esta afirmación resulta de un poder, como ya se ha explicado y, en consecuencia, produce una falsa verdad: afirmar que el poder produce verdad. Se aprecia que el escepticismo radical se anula a sí mismo.

En lo que se refiere a las razones por las que la inteligencia no capta la verdad e impiden o dificultan el conocimiento, se pueden distinguir dos obstáculos señalados por los escépticos: 1) la influencia de presiones o intereses subjetivos que afectan la lucidez mental del investigador; 2) obstáculos derivados de la incapacidad cognitiva humana. Pero, en mi opinión, los éxitos obtenidos por la tecnociencia en el dominio de la naturaleza dan un rotundo mentís a estas objeciones, entendidas como la negación absoluta de la capacidad de conocer. El hombre ha llegado a la luna y está conquistando el espacio: el transbordador Columbia realiza maravillas planetarias; se ha logrado clonar seres de casi todo tipo, incluso humanos; los avances impresionantes en biología y genética: por ejemplo, el descubrimiento del código genético humano y de muchos animales; el desarrollo de las comunicaciones interplanetarias y de la computación que han hecho desaparecer las

distancias y han convertido al mundo en una aldea, etc., todo esto ha producido un verdadero diluvio de bienes y opiniones que han modificado el estilo de vida y la manera de ver y pensar de la humanidad en forma dramática. Como conclusión, se puede recordar el dicho, “contra factum, argumentum non valet”, que justifica la verdad del saber basado en los extraordinarios éxitos fácticos.

De todos modos, cabe aclarar que, con relación a la influencia negativa de la afectividad —intereses conflictivos— que es real, aunque puede y suele ser superada por muchas personas dotadas de buena autocrítica, o, al menos, reconocida sobre todo cuando se trata de gente dotada de un espíritu superior. Se debe advertir, además, que ella solo se da cuando la verdad entra en conflicto con los intereses del cognoscente, lo que deja un espacio para que la verdad pueda penetrar en otros campos.

En este sentido, en la ciencia pura, salvo excepciones sus éxitos se dan con frecuencia. Es, en cambio, en el terreno de la filosofía, de la vida social y de los valores, donde más su presión se advierte y se producen las grandes disidencias humanas.

Como lo he sostenido (2006, p. 87), en cuanto a la imposición de la verdad por los poderosos, como sostienen los italianos, “lasciare tempo al tempo, perché il tempo e galantuomo”. Con el correr del tiempo, acalladas las pasiones y difuminado el poder de los fuertes, la serenidad predomina y surge la verdad real, o al menos, otra verdad. Los historiadores saben que la crónica de los hechos no debe hacerse muy próxima a su ocurrencia para evitar la deformación que producen las pasiones. Pero esto no significa que alguna vez no se pueda conocer la verdad de los hechos que despertaron pasiones o intereses. Es decir, que no se pueda lograr cierta objetividad sobre la realidad y como ocurrieron los hechos y sus circunstancias. Quizá el ejemplo de Galileo sea uno de los más expresivos. Aunque el “poder” impuso “su verdad”, a la larga, la auténtica verdad se abrió camino. Es cierto que la verdad depende del poder, pero no “toda” la verdad y “todo” el tiempo. A mi parecer hay tres hechos que no dejan dudas:

1) Los poderosos, por la influencia que ejercen y en su interés, conciente o inconsciente, deforman frecuentemente la captación de la

realidad que les afecta, muchas veces de un modo deliberado y consciente, pero a veces también de un modo inconsciente.

2) Pero esta deformación no es total ni es eterna. Siempre se producen resquicios por donde se filtra al menos parte de la verdad y con el tiempo casi inevitablemente la verdad total se asoma.

3) Por lo tanto, y esto es importante, al analizar en especial los hechos sociales se hace necesario examinar en forma crítica las posibles influencias deformantes que puedan haber sufrido en su captación.

Este mismo análisis se debe aplicar a la opinión que Foucault tiene del saber en general, pero que sin duda se dirigió no contra la ciencias duras, sino contra las blandas —en especial las sociales— a las que síndica como productos o instrumentos del poder. Por esta razón lanza sus más profundos dardos contra la filosofía y el derecho.

Conclusión

Es cierto, como afirma Foucault, que el poder es uno de los varios factores que intervienen en la búsqueda de la verdad e influye poderosamente en la determinación de lo que se estima por ella. En este aspecto Foucault tiene razón.

Pero no toda afirmación producto del poder se convierte en saber. De nuevo, ¿qué es *saber*? Según el diccionario, conocer algo, esto quiere decir que si el conocimiento es falso no se trata propiamente de un saber. Para que ello ocurra debe tratarse de un conocimiento verdadero, no influido por causa alguna que lo desvíe de la verdad. También se puede decir que se llama saber o verdad a un punto de vista aceptado y difundido aunque no sea *la verdad real*, pero que no es algo absurdo que lo haga inaceptable, al menos en un comienzo. Hay, efectivamente un gran control social sobre lo que se considera verdad. Para que algo se acepte como verdad tiene normalmente que estar aprobado por un grupo importante de la sociedad. Actualmente, este control se ha reducido algo, dado que con el progreso de los conocimientos se intenta verificar las afirmaciones científicas. Sin embargo, para otros saberes no científicos es necesario por lo menos el sentido común y el consenso social para merecer ese nombre por lo que suelen difundirse errores que pasan por verdades.

Cabe, por último advertir que si bien no lo explicitó Foucault, seguramente se refirió, cuando lanzó su tesis, no a todo el saber, sino en particular al saber social, político, económico, etc. en una palabra a todo saber capaz de producir efectos sobre la situación de las personas e influir en la sociedad y no a todo el saber en general, cosa que se debe destacar. Así las cosas, se debe advertir que: 1) no es una novedad, Marx se le adelantó, y 2) muchos estarán de acuerdo en general y nosotros también, aunque podrá haber diferencias en los límites y otros aspectos de la afectación.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTIGLIONE, Julio César. Teoría y Práctica. UCSE, Santiago del Estero. 1982.
- CASTIGLIONE, Julio César. La clave del poder. UCSE, Santiago del Estero. 2000.
- CASTIGLIONE, Julio César. La gran ambición humana, el poder. UCSE. Santiago del Estero, 2003.
- CASTIGLIONE, Julio César. ¿Aumenta el poder en el mundo? 2006, en borrador.
- CASTIGLIONE, Julio César. Los efectos del poder, 2006, en borrador.
- CASTIGLIONE, Julio César. Sociedad posmoderna y universidad. UCSE. Santiago del Estero, 2006
- CHESTERTON, G.K. Santo Tomás de Aquino. Lohlé-Lumen. Buenos Aires, 1996.
- DÍAZ, Esther. La filosofía de Michel Foucault. Biblos. Buenos Aires, 1994.
- FOUCAULT, Michel. La verdad y las formas jurídicas. Gedisa, Barcelona, 2005.
- GIDDENS, Anthony. La constitución de la sociedad. Amorrortu. Buenos Aires, 2003.
- VEYNE, Paul. El último Foucault y su moral. Zona Erógena, N° 11, 1992.